

Carlos Martínez Moreno

Angel Rama

La muerte tiene, en este caso, algo de profundamente irreparable. Porque el magisterio vivo y comunicativo de Angel Rama no podrá ser sustituido por la lectura de sus textos escritos ni la irradiación cálida de sus intervenciones orales en los congresos de escritores podrá ser reemplazada por la memoria notarial de los contenidos.

En esa plena y henchida madurez en que una muerte trágica lo siega, Rama había llegado a ser un crítico principal de la literatura latinoamericana contemporánea y un ensayista intransferiblemente personal y provocativo de los temas de la teoría del arte y de la política de la cultura en el vasto mundo de hoy.

De profesor universitario fuera de la rutina y lejos de lo común había pasado a la experiencia más acendrada de muchos tópicos en los cuales fundaba una preocupación inaugural de perspectivas y maduraciones originales (ej. *La generación crítica*) o de otros con tradición ya hecha pero a los que él aportaba la refrescante presencia de su novedad reflexiva y valorativa, inédita y aguda (ej. *Rubén Darío y el Modernismo*).

El periodismo literario suele ser considerado un arte menor. No lo es cuando se trae hasta él un comienzo avezado de la materia de la cual se habla y la plena posesión de un estilo propio. De todo lo que Angel Rama publicó en *Marcha* yo recuerdo, en ese sentido, un par de notas estupidas, que han ingresado por mérito propio a la historia de nuestras letras: su obituario irreverente, heterodoxo y adicto de Felisberto Hernández (*Burlón poeta de la materia*) y la evocación de figura y época que se encierran en *Un fogonazo sobre la aldea*, con ocasión de la muerte crepuscular de Roberto de las Carreras. Se precisaba ser un escritor de veras para haberlas concebido y un maestro de veras para haber evaluado situaciones, confluencias y contextos donde situarlas. Es que Angel Rama era

un auténtico creador siempre y no sólo cuando expresamente se lo proponía. Escojo estos ejemplos y no otros, que podría haber tomado de su dramaturgia o de su incursión en las memorias sentimentales y filiales del comienzo (*Tierra sin mapa*) por un escrúpulo de legítima preferencia de lector. Pero no olvido la vastedad y (en el buen sentido) la versatilidad del repertorio con que Angel Rama apareció en el Uruguay y fuera de él, para dotar de un sitio de primera eminencia a cuanto hiciera y acrecentar, más allá de las fronteras del país, el prestigio de una cultura nacional que no siempre se lo supo agradecer ni siquiera estimar.

La verdad de que con la muerte de Angel Rama se pierde a alguien y de que ese alguien no era uno de tantos, es una evidencia sustraída de la habitual zona pía de las necrológicas. Antes bien, es posible sopesarla con la exigencia del mayor de los rigores, en el más severo de los tratamientos comparativos. Desde Alberto Zum Felde nuestra literatura tiene una tradición de grandes críticos-creadores. Angel Rama se inscribe con honor en esa tradición y la enriquece.